

Todos los
atardeceres
en los que me
enamoré de ti

ANDREA CANNELLE

©Andrea Canelle, 2026

Corrección: Laura Arcila y Marina García

Maquetación: Cristina Romero

Cubierta e ilustraciones del interior: Mirian Crespo

ISBN: 9798258075512 Independently published

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción parcial o total de esta obra ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro) sin el permiso previo del autor.

*A Gia y Luca, por cada atardecer compartido y por
elegirme para escribir su historia.*

*A todos los que aprendieron que empezar de nuevo no
significa huir del pasado, sino mirarlo de frente,
respirar hondo y abrazar, por fin, a la persona en la
que nos hemos convertido.*

*A mí, por no rendirme y convertir ese no es suficiente
en una nueva oportunidad.*



NOTA DE LA AUTORA

Este libro es el primero de una serie y la historia está pensada para leerse en orden, ya que los acontecimientos de este primer libro continúan directamente en el segundo.

Puede que, al llegar al final, encuentres más preguntas que respuestas... pero recuerda que el viaje de los protagonistas no acaba aquí. Algunas historias necesitan más de un libro para contarse por completo, y esta es una de ellas.

A lo largo de la novela encontrarás algunas palabras y expresiones en italiano y en turco. Para facilitar la lectura, al pie de página encontrarás su significado.

Espero que disfrutes de esta historia tanto como yo disfruté escribiéndola.

Gracias por leerme.



PRÓLOGO

Gia

Pum.

Veó la bala volar hasta hundirse en el pecho del hombre que tengo frente a mí, que no tarda demasiados segundos en desplomarse sobre el suelo. Se lleva la mano al pecho, ahora completamente ensangrentado, mientras yo cierro los ojos con fuerza, en un intento por reprimir las lágrimas que amenazan con salir cuando veo cómo sus ojos se abren con sorpresa y empieza a agonizar en el suelo. Bajo la pistola con las manos temblorosas y obligo a mis piernas a reaccionar. Necesito salir de aquí cuanto antes.

Siento mi corazón latir con fuerza y la ansiedad me oprime el pecho. Las rodillas me flaquean, y apenas puedo

moverme sin notar una fuerte presión en las costillas al respirar, donde horas antes me golpearon con brutalidad.

Una vez que llego a la puerta del garaje, enciendo el mechero que llevo guardado en mi bolsillo. A pesar de tener los ojos aguados y la visión nublada por las lágrimas rebeldes que comienzan a correr por mis mejillas, diviso durante unos segundos, que se me hacen eternos, la pequeña llama que sale de la abertura. Antes de que me dé tiempo de arrepentirme, lanzo el mechero al suelo, que se encuentra lleno del combustible con el que pensaban calcinar mi cuerpo y, de un instante a otro, las llamas empiezan a extenderse por todo el local.

Salgo huyendo a trompicones hasta llegar a la furgoneta en la que me esperan, y lo hago sin mirar atrás, con los ojos llenos de lágrimas y consciente de que, a partir de ahora, mi vida jamás volverá a ser la misma. Porque ni siquiera yo podré serlo.

No después de haber matado a este hombre a sangre fría.



Cierro los ojos durante algunos segundos, disfrutando del silencio que anticipa el bullicio de un nuevo día en la ciudad. Cuando los abro, observo el cielo de un azul intenso, pese a que ya se puede vislumbrar cómo las suaves notas rosadas y los destellos anaranjados comienzan a extenderse por el horizonte, ocultando el brillo del sol que amenaza con salir en cualquier momento a alumbrar el paisaje.

Doy media vuelta y vuelvo a entrar en mi habitación, aunque dejo abiertas las puertas que dan paso al balcón para que el aire fresco entre y pueda disfrutar por última vez de la suave brisa de la mañana en Estambul.

—Señorita, ¿se encuentra usted bien? —La voz de Azra me saca de mis pensamientos, en los que llevo sumergida demasiados días, más de los que me gustaría admitir en voz alta.

—Sí. —Aseguro—. Todo bien.

Sonrío, y espero que eso le sea suficiente para no volver a preguntarme: necesito que ambas finjamos que no pasa nada, que mi vida no está a punto de dar un giro de ciento ochenta grados, y que olvidemos que podría morir en cualquier momento por mi atrevimiento. Al menos, durante las pocas horas que me quedan aquí.

—Le he traído el desayuno. —No tengo hambre. —Eso es lo mismo que me ha estado diciendo durante los dos últimos días. Vamos, coma algo. Su padre se entristecerá aún más si la ve marchar sumida en tanta tristeza.

—¿Y qué puedo hacer? —Me giro hacia ella—. ¿Fingir que no ha pasado nada?

Doy un largo suspiro y me tumbo de espaldas sobre el colchón.

—No. —Niega con la cabeza—. Ya está hecho y, tristemente, no se puede volver atrás. Acepte que ha pasado. Lo hizo por su padre, y verlo vivir debería ser motivo suficiente para seguir adelante.

—Lo sé. —Suspiro de forma cansada—. Y solo por él..., volvería a hacerlo de nuevo. Lo que me convierte en una mala persona.

—Que se sienta mal demuestra que no es una mala persona. Tuvo sus motivos, y fueron más que suficientes para actuar como una auténtica Sahin. —La simple mención a mi apellido hace que se me ponga la piel de gallina; porque es cierto, me he convertido en lo que más miedo siempre me ha dado ser—. Ahora toca salir adelante y, por su bien y el de su familia, tendrá que hacer como si nada de esto hubiera ocurrido.

—Lo sé —contesto en un suspiro.

—Avísame cuando termine de desayunar. —Sonríe con debilidad—. El equipo de Aydin vendrá para entregarle todo lo que necesita antes de marcharse.

Me levanto de la cama y camino hasta la persona que me ha acompañado desde mi niñez, quien ha limpiado mis lágrimas y ha sacado muchas de mis mejores sonrisas.

—Gracias por todo, Azra —susurro, envolviéndola entre mis brazos y fundiéndonos así en un abrazo que transmite mucho más de lo que mis palabras pudieran decir ahora mismo.

Me da un beso en la cabeza antes de salir de mi habitación.

Cuando se marcha, me acerco a la bandeja y prácticamente devoro los huevos revueltos, el queso y el pan bañado en mermelada. Llevo dos días sin apenas comer nada, en los que solo he estado lamentándome por lo que hice, por lo que podría haber hecho y por la incertidumbre de no saber qué será de mí y de mi familia a partir de ahora. Por no hablar de la presión que siento sobre mis hombros al saber que la vida de todos ellos ahora mismo depende de mí y de lo bien que me esconda de nuestros enemigos.

Me bebo el té casi de un trago. Después de tantos minutos sobre la bandeja, el vaso está lo suficientemente tibio como para tomarlo sin quemarme la garganta.

Me levanto de la silla y doy algunos pasos hasta llegar a la habitación conjunta que tengo como vestidor.

Una lágrima cae lentamente por mi mejilla y la limpio con frustración, porque a pesar de sentirme completamente destruida, anoche me prometí que no volvería a llorar más. Pero hay algunas promesas que son demasiado difíciles de cumplir. Así que me dejo caer hasta quedar sentada en el suelo, y rompo a llorar con las mismas fuerzas con las que he estado reprimiendo cada lágrima en las últimas horas.

Frente a mí, en la otra punta de la enorme habitación, hay varias maletas abiertas llenas de ropa, zapatos y recuerdos que no me pertenecen a mí, sino a la persona que está a punto de huir de este país.

Atrás quedan las prendas de marca, los zapatos de diseño, los vestidos hechos a medida, las tardes de compras infinitas con mis amigas, o las noches observando la luna con mi persona favorita: mi padre. También mis

sueños, aspiraciones y metas; lo que podría haber sido de mí de no ser por mi apellido.

Aquí también se queda la chica reprimida, la que no es capaz de decir que no a nada, la que vive al límite y tiene más obligaciones al cabo del día de las que una chica de su edad podría ser capaz de soportar. La chica soñadora que un día pensó que el amor que le tiene su padre sería más que suficiente para dejar atrás un linaje en el que quedamos atrapados sin ni siquiera pedirlo, que nos envuelve en sombras, traiciones, peligro y sangre. Mucha sangre.

Me levanto del suelo y camino hasta llegar a una de las cómodas de ropa, donde anoche dejé mi bolso. Con las manos temblorosas, busco en el interior de este hasta dar con mi nuevo pasaporte. Acaricio la cubierta con las yemas de mis dedos e intento calmarme un poco y controlar mi respiración.

Hoy muere una parte de mí que ni siquiera sé si echaré de menos.

Hoy muere Jade, la hija de Burak Sahin. Hoy renace como el ave fénix y resurge de sus propias cenizas, la mujer

que seré a partir de ahora, esa que llevo intentando interiorizar en las últimas cuarenta y ocho horas.

Debo hacerlo.

El dolor que siento no podrá conmigo, sino que me ayudará a hacerme más fuerte y salir adelante.

Me limpio las lágrimas con brusquedad y tomo aire mientras leo una y otra vez mi nuevo nombre, memorizando mi nueva identidad.

Ya no soy Jade.

Ya no pertenezco a una familia de delincuentes. Ya no soy hija de uno de los mayores capos de Turquía. Ya no tengo que vivir con miedo. Ya no tengo que ser la persona que todos quieren que sea.

Ya no soy una asesina.

Ahora soy Gia.

Y la vida me ha dado una nueva oportunidad, esta vez, para vivirla de verdad.



UNA AMARGA DESPEDIDA

Gia

He intentado posponer este momento lo máximo posible: abrazar a mi padre por última vez.

Siempre hemos tenido una relación especial, sobre todo desde que murió mi madre. Él siempre hizo de nosotras su mundo y, cuando ella se fue, no volvió a ser el mismo. Aun así, siempre se ha esforzado muchísimo por estar conmigo en cada etapa de mi vida; por llenarme de cariño y amor, inculcarme los valores que hoy doy gracias por tener e intentar llenar el vacío que provocó la ausencia de su esposa durante toda mi niñez y adolescencia.

—Papá, ven conmigo, por favor —sollozo contra su pecho. Me abraza con fuerza; sabe que es la última vez que podremos sentir al otro en mucho tiempo. Quizás nunca más podamos hacerlo.

Las lágrimas corren por mis mejillas, pero no me molesto en limpiarlas. Entre sollozos y gritos ahogados, me aferro a su jersey e inhalo su característico aroma amaderado, el mismo que sería capaz de reconocer en cualquier lugar del mundo.

Él es un hombre serio, pero también muy sentimental. No le gusta llorar en público y rara vez le he visto hacerlo en privado. Es por eso que me sorprende al escuchar su llanto, notar la vibración entrecortada de su pecho contra el mío y sentir la fuerza con la que me sujeta, como si eso pudiera alargar este momento.

—No puedo..., sabes que no puedo —suelta entre jadeos.

Deposita varios besos en mi cabeza antes de abrazarme de nuevo. Levanto la mirada y me encuentro con unos ojos negro azabache, esta noche aún más oscuros, enrojecidos y llenos de lágrimas.

—Solo tienes que dejar atrás todo esto... —susurro casi

en una súplica.

Llevo mi mano hasta su mejilla y limpio algunas de las lágrimas que corren sin cesar por su rostro. La acaricio con suavidad y cierro con fuerza mis ojos un par de segundos, visualizando sus facciones en mi mente y prometiéndome no olvidarlas jamás. Quiero memorizar cada detalle de su rostro y llevarlo siempre conmigo.

No me hace falta decir más para que mi padre sepa a qué me refiero, y como tantas otras veces ha hecho a lo largo de los años, niega con la cabeza.

—No puedo hacerlo, cariño. —Ahora es él quien acaricia mis mejillas—. Algún día lo entenderás —promete, mirándome enternecido—. Pero quiero que recuerdes que todo lo que he hecho a lo largo de estos años ha sido para protegerte e intentar que fueras feliz.

—Lo sé, papá. —Sorbo mi nariz—. Pero voy a echarte mucho de menos. No sé si podré aguantar sin estar a tu lado.

—Claro que podrás hacerlo —dice con decisión—. Eres una mujer fuerte y valiente, capaz de conseguir cualquier cosa que te propongas.

—Siempre has estado ahí para ayudarme a conseguirlo —musito, entristecida—. Pero ahora, ¿qué voy a hacer sin ti?

—Luchar y hacer que me sienta aún más orgulloso.

—Voy a sentirme tan sola... —sollozo de nuevo, limpiando con el dorso de mi mano las lágrimas rebeldes que acarician mis mejillas.

—No estarás sola —murmura con firmeza—. Siempre estaré contigo, a pesar de la distancia. —Con un gesto de cabeza, señala hacia arriba—. Mira el cielo.

—¿Qué pasa?

Levanto la cabeza y observo el azul oscuro que nos envuelve, las motas brillantes que lo adornan y, como cada noche, la brillante figura redonda que nos deslumbra con su intensa luz.

—No estaremos tan lejos. —Niega con lentitud—. Al fin y al cabo, los dos veremos cada noche la misma luna.

Asiento con la cabeza, sonriendo por primera vez en días.

Solo mi padre es capaz de sacarme una sonrisa en situaciones así, y hacer del momento más duro de mi vida algo único y especial.

Nos despedimos entre más lágrimas, sollozos y lamentos.

Nos abrazamos de nuevo y, por última vez antes de subir al avión que me llevará hasta mi nueva vida, me da un beso en la frente, como acostumbraba a hacer cada noche cuando era pequeña y me arropaba antes de dormir.

Una vez dentro del avión, voy hasta mi asiento de primera clase. Mi padre se ha encargado de que no viajen apenas pasajeros esta noche, así que disfrutaré de puro silencio y tranquilidad durante las próximas horas.

Me pongo el cinturón, reclino mi sillón hacia atrás y acomodo la almohada que me han dejado antes de colocarme en posición fetal. Me estiro y corro la cortina que separa mi asiento del resto.

Poco a poco, la luz se vuelve más tenue cuando el avión despega, y en el momento en el que comienza a volar, me derrumbo en silencio.

Después de pasar un par de horas recuperando el sueño perdido, por fin estamos a tan solo unos minutos de aterrizar, por lo que ordeno un poco mi bolso y aprovecho para ir al baño.

Observo mi reflejo en el espejo. Tengo peor aspecto de lo que pensaba, y es hora de cambiar eso. He estado practicando mentalmente la chica que debo ser a partir de ahora y, sin duda, no es la que estoy viendo ahora mismo reflejada en el cristal.

No puedo permitir que nadie me vea así. Tengo que dejar todo el dolor en este avión y salir de aquí con una sonrisa, aunque en mi interior solo tenga ganas de llorar. Pero debo ser fuerte. Por mi padre. Por mi familia. Por mí. Porque me merezco una segunda oportunidad para vivir y porque tampoco quiero arrebatarme la suya a las personas que más quiero.

Me lavo un poco la cara y la seco a toquecitos con una toalla. Busco el neceser en mi bolso; una vez que lo localizo, empiezo a sacar los productos de maquillaje: primero aplico un poco de corrector para cubrir mis ojeras por la

falta de sueño de estos últimos días. Luego, un toque de rubor que le da un poco de color y vida a mi cara. Por último, paso a mi zona preferida: los ojos. Me hago un delineado fino y aplico una buena capa de máscara de pestañas, realzando mis ojos grandes y oscuros como el azabache.

Con cada toque, siento que estoy empezando a construir una nueva versión de mí que, sin duda, va menos maquillada y mucho más natural. También mi forma de vestir es diferente, y lo cierto es que no me desagrada nada ir con este vestido fresco, a pesar de ser un estilo diferente a lo que solía usar. Llevo el pelo suelto, al natural, luciendo los rizos que tanto me encantan y que hasta ahora había ocultado al mundo la mayor parte del tiempo. Me pongo un pequeño pañuelo en la cabeza, anudado en la parte de atrás y tapando el principio de mi frente, dejando el resto de cabello caer por mis hombros y parte de mi espalda.

Practico mi sonrisa varias veces antes de salir del cubículo. Me echo un último vistazo y no puedo evitar pensar que parezco otra persona. Es increíble lo que se puede conseguir con solo cambiar tu forma de vestir y maquillarte diferente.

Aún me queda mucho trabajo, porque el mayor cambio debe ser algo interno, y no simplemente en apariencia, como he conseguido hasta ahora.

Una vez que aterrizamos, espero recibir indicaciones y entonces, salgo del avión.

Lo primero que veo nada más bajar los primeros escalones es a un señor que está parado frente a mí, observándome con atención. Se me eriza cada vello de la piel. No pueden haberme encontrado tan pronto. Es imposible.

Me tiemblan las piernas cuando bajo el último escalón.

Trago saliva y sigo caminando hasta colocarme frente a él, que sigue sin apartar sus ojos grises de los míos. Tiene el pelo negro oscuro y los ojos algo rasgados. Algunas de las arrugas de su rostro me indican que ha vivido bastantes más años que yo.

—¿Gia Laurent? —pregunta de forma neutral.

—¿Y usted es...? —pregunto mordiendo mi labio inferior, desconfiada.

—Micaelo Rossi, pero todos me llaman Nonno. —Sonríe ampliamente y abre los brazos de par en par—. *Benvenuta nella mia amata Italia, piccola Sahín.*



NO ME GUSTAN LAS FLORES

Gia

Me estremezco al oír mi apellido. Nadie aquí debería siquiera mencionarlo. No puede ser que el plan se haya estropeado antes de empezar.

—¿Quién es usted? —titubeo, empezando a mostrarme nerviosa.

Está claro que este hombre me conoce.

—Como te he dicho, me llamo Micaelo. Pero puedes llamarme Nonno. Aquí todos me conocen por ese apodo — me cuenta con total tranquilidad—. Vamos, llegaremos tarde si no nos damos prisa.

—¿Perdón? —Me cruzo de brazos, a la defensiva—. ¿Quién narices es usted?

—Soy un amigo de tu padre —murmura, provocándome un escalofrío que me sube por la espalda—. Me ha dejado a tu cargo durante el tiempo que estés aquí, ¿contenta? —Finge una sonrisa exagerada, mostrándome todos sus dientes—. Ahora, vamos, me gusta ser el primero en coger las maletas. Odio tener que esperar.

¿Un amigo de mi padre? Dudo un instante, puesto que nunca he oído hablar de él. Si fuera verdad, él me hubiera avisado. Y que yo recuerde, no lo ha hecho.

—No tengo padre —consigo decir sin que me tiemble demasiado la voz—. No sé quién es usted y no voy a seguirle a ninguna parte.

—Vaya, qué rápido te has olvidado de Burak. —Mi corazón se salta un latido, o puede que dos—. Se lo comentaré esta noche cuando me llame para pedir el informe de tu primer día. ¿Vienes conmigo o prefieres ir a pie? —Alza una ceja, mirándome con una tranquilidad y una diversión que me desconciertan—. Hay unos cuantos kilómetros de distancia hasta Cortona.

Sin duda este hombre sabe quién soy y quién es mi padre.

Pero ¿cómo voy a confiar en él? Nadie me ha avisado de esto.

Pensaba que una vez que llegara a Pisa, tendría que coger un autobús hasta Cortona y, una vez allí, recibiría indicaciones sobre cómo seguir.

Así que, ¿cómo sé que puedo confiar en su palabra? Sus ojos color gris oscuro me observan con atención y parece bastante despreocupado. No tiene pinta de ser un asesino en serie, pero muchas personas que he conocido a lo largo de mi vida tampoco tenían pinta de serlo y, al final, fueron mucho peores.

—Está bien, me voy —dice con voz firme—. Avísame cuando llegues y, si aún estoy de buen humor, te llevaré hasta la villa. —Se gira y, cuando tan solo lleva un par de pasos, vuelve a voltearse en mi dirección y me mira con una ceja alzada—. Ah, se me olvidaba que tu nuevo móvil lo tengo yo, así que no sé cómo podrás avisarme.

Echo un vistazo a mi alrededor: no hay nada fuera de lo normal, ni siento ninguna mirada sospechosa. Sé que debo estar alerta, pero también que mi padre se ha encargado de

que aquí esté a salvo, para que pueda vivir tranquila a partir de ahora, siempre y cuando haga bien la parte que me toca.

—¿Cómo sé que lo que dice es verdad? —Alzo mi barbilla, intentando infundir una falsa seguridad en mí misma y en mis palabras.

—Tendrás que comprobarlo por el camino —contesta sonriente—. Ahora, vamos a por tus maletas, *piccola*.

—Tu padre y yo nos conocemos desde que éramos unos niños. —Por fin empieza a hablar, después de llevar prácticamente todo el trayecto en silencio—. Nuestras familias eran amigas, además de aliadas. Hicimos varios trabajos juntos cuando éramos jóvenes. Formábamos un buen equipo.

—Sonríe con añoranza—. Yo conseguí salir de ese mundo cuando conocí a mi mujer, Marietta. —Me echa un vistazo rápido antes de volver a concentrarse en la carretera—. Pero él no pudo.

—¿Por qué? —me atrevo a preguntar.

Es algo que siempre ha rondado por mi cabeza, y mi padre nunca ha querido responder. «Algún día lo entenderás», es lo que siempre me decía.

—Eso es algo que debería contarte él, no yo —responde el hombre.

Resoplo y vuelvo a mirar al frente. El sol se filtra a través del cristal del coche, cubriendo el interior de una preciosa luz dorada. Hace casi una hora que dejamos el bullicio de Pisa atrás, y ahora nos adentramos en pleno campo, cosa a la que no estoy nada acostumbrada.

Los altos cipreses nos guían en el camino y en cuestión de minutos, el paisaje se ha transformado, cubriéndose de viñedos y olivares a ambos lados de la carretera. Diviso a lo lejos algunas casas de piedra que adornan el paisaje y me pregunto quién podría vivir en un sitio así, alejado de la civilización y rodeado de hierba.

—Le debía un favor a tu padre —murmura después de algunos minutos de silencio, esta vez con la voz más apagada. Carraspea antes de continuar hablando—: Así que, a partir de ahora, estaré contigo y no permitiré que te ocurra nada malo. Estás bajo mi vigilancia y mi cuidado,

Tengo algunos hombres en la ciudad que siguen trabajando para mí, así que te mantendré protegida en todo momento, incluso cuando yo no pueda verte directamente.

La seriedad de sus palabras me pone la piel de gallina. La situación es seria y debería estar preocupada. Pero, por raro que parezca, desde que me he subido al coche, me siento tranquila. Y conforme nos adentramos en la pequeña ciudad, me invade una sensación de paz y serenidad que hacía mucho tiempo que no lograba sentir.

—En cuanto salgamos de aquí, fingiremos que esta conversación no ha ocurrido y que no nos conocemos — advierte, mirándome de reojo antes de volver su vista hacia la carretera—. Vivirás en mi casa como una huésped más. Recuerda pasar desapercibida y actúa con la mayor normalidad posible. No olvides que hay vidas en juego — me recuerda, como si fuera capaz de olvidarme de ello.

Micaelo traga saliva y noto cómo aumenta la fuerza con la que agarra el volante cuando los nudillos de sus manos se vuelven más blancos que hace tan solo unos segundos.

—Lo sé —contesto, mirando el paisaje a través de mi ventana.

—Trabajarás en la floristería de Adela, la hermana de mi mujer. Busca a alguien para que le ayude con la tienda —me informa de forma tranquila. Aun así, parpadeo y tengo que tomarme unos segundos para analizar el significado de sus palabras—. Pero esperarás unos días antes de incorporarte, debe parecer que estás en busca de trabajo.

—No me gustan las flores.

Le fulmino con la mirada.

—Puede que a Jade no, pero a Gia le encantan. —Suelta una pequeña carcajada que retumba por todo el interior del coche y me pone los pelos de punta.

—No tengo ni idea de flores, ni de plantas, tampoco de ningún tipo de hierba, ni nada sobre estas cosas... verdes —me quejo, señalando con las manos a nuestro alrededor, aunque él siga con la vista fija en la carretera.

De reojo veo cómo las comisuras de sus labios se suben en lo que aprecio como una ligera sonrisa. Resoplo y me muevo sobre mi asiento, inquieta.

—Pues tendrás que aprender —sentencia.

—Nunca he trabajado en una tienda —sigo replicando, en un intento por sacarle de quicio y que se olvide de todo esto, pero muy a mi pesar, la situación parece hacerle mucha gracia.

—Ya decía yo que no tenías pinta de haberlo hecho.

Suelta otra risita.

Parece que se lo está tomando con humor, y no deja de sonreír. Pero, lo cierto es que a mí no me hace ninguna gracia. Sé que probablemente le esté pareciendo ahora mismo arrogante, inmadura y desagradecida, teniendo en cuenta la situación en la que estoy y que él, sin tener por qué hacerlo realmente, me está ayudando.

—No quiero estropearlo todo —admito.

—Pues no lo hagas —dice como respuesta.

Comienza a dar algunos toquecitos con sus dedos en el volante, siguiendo el ritmo de sus propios silbidos.

Acompañados de su melodía, dejamos atrás el bullicio de Cortona y nos adentramos en la parte más rústica de la pequeña ciudad. Me quedo prendada al ver todo mi alrededor cubierto de girasoles: no me gustan las flores, pero si tuviera que elegir unas, sin duda serían los girasoles. Son mis favoritas.

Abro la ventana y dejo que el aire fresco acaricie mi rostro y revuelva mi pelo con la suave brisa que acompaña esta tarde de mayo. El olor a tierra, flores y hierbas silvestres inunda mis fosas nasales y, aunque no estoy acostumbrada a este aroma tan campestre, lo cierto es que no me desagrada tanto como pensaba. De hecho, creo que podría acostumbrarme.

Finalmente, al pasar entre algunos baches que hacen que el coche tiemble hacia los lados, llegamos hasta la entrada de una villa. Está rodeada de campo, y cerca se encuentra un camino que te lleva directo a la ciudad.

La villa es enorme y el camino empedrado hasta la entrada está repleto de árboles y flores a su alrededor. Su fachada de piedras es de un color algo desgastado por el paso del tiempo; tiene muchas ventanas, adornadas con marcos de madera pintados de un tono marfil oscuro,

mientras que la puerta principal parece de madera maciza y el tejado está compuesto de tejas rojizas que sin duda llaman mi atención.

Desde aquí se puede apreciar que, desde la villa, hay unas vistas panorámicas increíbles de toda la ciudad, por lo que pienso tomarme más tarde una foto de recuerdo, aunque ya no tenga ninguna red social a la que subirla.

Al bajar del coche, respiro hondo y lleno mis pulmones de aire puro. El ambiente es muy tranquilo y creo que me servirá para relajarme un poco, aunque no me entusiasme tener que vivir en medio de la nada. Por lo menos, tengo bastante cerca la ciudad.

—*Piccola* —me llama mi acompañante cuando se baja también. Rodea el coche hasta quedar a mi lado, en la entrada del enorme edificio que tenemos frente a nosotros. Ni siquiera me extraño al oír la forma en la que se refiere a mí, ya que lleva todo el camino llamándome así—. Bienvenida a la *Villa Giardino* al tramonto, tu nuevo hogar.

Sonríó como respuesta, y Micaelo, o *Nonno*, como insiste en que lo llame, me acompaña al maletero y me

ayuda a sacar todas mis maletas, que por cierto son bastante más pesadas de lo que recordaba cuando las llené en mi antiguo hogar.

—Vamos —me anima a seguirlo, pero frunzo el ceño en cuanto intento tirar de una de las maletas y me doy cuenta de la poca fuerza que tengo.

—¿Y el mozo de equipaje? No puedo llevar todas las maletas, pesan demasiado.

—En esta casa no hay ningún *facchino* para que te lleve las maletas, ni ningún criado para que te sirva —contesta de forma seca—. Puedes hacer dos viajes si lo necesitas, querida.

—¿También te lo ha pedido mi padre? —le recrimino, mientras intento arrastrar una de mis maletas y seguirle el paso.

—Sí, me ha dicho que tenga mano dura contigo y no me ablande ni un poquito —me suelta con sorna.

Sigue silbando por el camino —cosa que me empieza a poner bastante nerviosa—, hasta que nos cruzamos en la puerta con un hombre alto. Ni siquiera me da tiempo a

observarlo demasiado, porque sigo batallando con el equipaje.

—Oh, Luca, *mio figlio*, ¿podrías ayudar a esta damisela en apuros?

Suelta una carcajada ronca que me hace poner los ojos en blanco.

Escucho un gruñido como respuesta.

Levanto la cabeza y me cruzo con una mirada penetrante, oscura como el ébano y tan fría como el hielo. Esos ojos marrón chocolate parecen atravesarme como si pudieran ver a través de mí y escudriñar cada uno de mis secretos, consiguiendo acelerar mis pulsaciones.

—¿Es que le pasa algo en las manos? —Es lo único que dice con voz ronca antes de alejarse por el mismo camino que nosotros hemos cruzado hace tan solo unos segundos.

Me quedo aquí plantada, todavía intentando tirar de mi maleta y observando con cara de tonta cómo se aleja sin mirar atrás.

¡Continúa leyendo y no te quedes sin tu
ejemplar!

Compra tu ejemplar en Amazon o reserva
en www.andreacannelle.com